

«Afrontamos el camino con paciencia y esperanza»

Entrevista a Mons. Mario Iceta
Gabicagogeascoa, obispo de Bilbao

La paciencia y esperanza, amén de la fortaleza y el rechazo a todo tipo de violencia, no sólo han estado presentes en el tortuoso camino que han tenido que recorrer la sociedad vasca y española, sino que con el paso del tiempo se han transformado en conversión, reconciliación, perdón y apertura a la trascendencia, bases de una paz segura, justa y verdadera.

Razón y fe. El 20 de octubre de 2011, ETA hizo público un comunicado en el que anunciaba «el cese definitivo de la actividad armada». ¿Cuál fue su primera reacción y cuál es su valoración en estos momentos?

Mons. Iceta. El primer pensamiento que me vino ante dicho comunicado fue que se trataba de un paso importante y positivo en el largo y tortuoso camino que estamos recorriendo. La información que poseo es la misma que tienen los ciudadanos, a través de los medios de comunicación y por las impresiones que me transmiten diversas personalidades de Bizkaia cuando me encuentro con ellos en actos diversos y tenemos tiempo para departir con cierto sosiego estas

cuestiones. Nuestra sociedad ha evolucionado mucho en la dirección adecuada de rechazo de todo tipo de violencia. Es un movimiento que ha sacudido los diversos ambientes y nos ha situado en esta posición activa de rechazo de toda violencia y en el empeño de seguir el camino de la convivencia pacífica. Ahora bien, siendo un paso, como decía, importante y positivo, quiero tener la esperanza de que sea definitivo e irreversible, aunque es evidente que queda mucho camino por recorrer y este camino nadie nos asegura que será rectilíneo y sin dificultades.

Razón y fe. En su opinión, ¿cuáles son los retos principales a los que se enfrenta la sociedad vasca (y española) en este nuevo contexto que se abre?

Mons. Iceta. El cese de toda actividad terrorista nos permitirá conocer con más sosiego cuál es el estado en el que se encuentra nuestra sociedad después de vivir tantos años en un clima de violencia y libertad constreñida. Yo pertenezco a una generación que siempre ha vivido en este clima y, aunque no lo percibamos directamente, esto influye profundamente en nuestro modo de ser y en la forma en que la sociedad se desenvuelve. Quedan muchas heridas personales y sociales que será preciso restañar. Sobre todas estas heridas destacan

quienes han sufrido directamente de un modo tan injusto la barbarie terrorista, es decir, las víctimas, que deben ser siempre una prioridad en nuestro cuidado y acompañamiento. Una sociedad reconciliada sólo puede construirse a partir de la verdad, del restablecimiento de la justicia ante estas injusticias tan graves, y de la capacidad de pedir, otorgar y recibir el perdón abriendo el camino a la reconciliación. Es una tarea ardua y, ciertamente, que precisa de tiempo y pedagogía adecuada.

Es, así mismo preciso hacer memoria, reflexionar y evaluar los hechos y toda esta historia de sufrimiento. Es éste un aspecto muy delicado en el que desgraciadamente muchos no se ponen de acuerdo. Se necesita seguir avanzando en la educación y en la concienciación de la maldad intrínseca que supone el uso de la violencia, de reconocer todo el daño que se ha cometido, de modo que las nuevas generaciones sean capaces de vivir y fortalecer una cultura de la paz.

Nuestra sociedad es muy plural en muchos aspectos. Es necesaria la recuperación y la consolidación de la libertad que ha estado oprimida durante tanto tiempo. Necesitamos fomentar la capacidad de convivir en el respeto mutuo y la promoción de los elementos fundamentales que constituyen el

bien común que debe ser promovido por todos los agentes que componen la sociedad. Todo ello conlleva una pedagogía de la paciencia, del diálogo, con el fin de alcanzar acuerdos en vistas a la construcción de un futuro esperanzador, así como una espiritualidad del encuentro, del respeto, del perdón y la reconciliación.

Razón y fe. A lo largo de estas décadas, tanto los obispos del País Vasco y Navarra como la Conferencia Episcopal Española se han manifestado en numerosas ocasiones sobre el conflicto vasco y en contra del terrorismo. ¿Qué destacaría de ese «corpus doctrinal» y de esa «praxis pastoral» acumulada durante años?

Mons. Iceta. Efectivamente, la Iglesia se ha implicado como ha podido y ha sabido en esta situación. Como afirma el Concilio Vaticano II, la Iglesia se hace solidaria con los avatares de la historia de la sociedad donde se hace presente, de sus esperanzas y dificultades, de sus anhelos y sufrimientos. Y esto lo ha hecho en los diversos niveles: desde los laicos tanto de modo personal como asociado hasta los múltiples documentos y cartas pastorales de los obispos, en la presencia en tantas asociaciones que han rechazado la violencia y han buscado caminos de paz, en la organización de múlti-

ples eventos de oración, de reflexión, de testimonio, vigiliyas, marchas, encuentros, actos públicos... el servicio y acompañamiento de las víctimas, la condena de todo acto terrorista o violento, la reflexión acerca del modo de superar esta situación tan lamentable y abrir caminos de paz, perdón y reconciliación, la colaboración con otros agentes sociales para aunar esfuerzos con vistas a lograr la desaparición del terrorismo y la construcción de una sociedad y una cultura de la paz. Su corpus doctrinal es amplio en el tiempo y profundo en su reflexión. No me atrevería a señalar un elemento concreto en este corpus. Señalaría que aplica en nuestra situación concreta los grandes principios de la doctrina social de la Iglesia.

Razón y fe. Según el Concilio Vaticano II, la Iglesia es «signo e instrumento» de comunión con Dios y entre los seres humanos. Permítame una doble pregunta a este respecto. Como signo de comunión, ¿qué retos tiene la Iglesia para ser verdaderamente una comunidad reconciliada? Y como instrumento de comunión, ¿qué retos tiene la Iglesia para ser verdaderamente un instrumento al servicio de la reconciliación? O, formulado de otro modo, ¿cómo puede la Iglesia ser una comunidad pacificada y pacificadora, reconciliada y reconciliadora?

Mons. Iceta. Como bien expresa en su pregunta, existe siempre una tarea al interno de la Iglesia de reconciliación que redundará en su misión, por decirlo de algún modo, *ad extra* como instrumento de reconciliación de la humanidad. Me parece que la palabra clave es siempre la conversión, en su expresión más genuina. Cuando el ser humano se vuelve sobre sí mismo, intenta únicamente buscar sus propios intereses, olvidando que su vocación es de amor y servicio a Dios y al prójimo, entonces comienza a generar violencia. Para superarla necesita abrirse, salir de sí y volver su mirada a Dios que le capacitará para ver al otro de un modo nuevo. La tentación constante del hombre es vivir volcado sobre sí, encerrado en sí y defendiendo su propio criterio. La misma conciencia tiene una dimensión comunitaria y comunional. No en vano conciencia viene del latín, *cum scientia, cum alii scire*, es decir, conocer con otros. La conciencia no es algo intimista, poseído individualmente. Está constitutivamente abierta a la comunión y sólo conoce verdaderamente la verdad sobre el bien cuando está en sintonía con su dimensión comunional. La recuperación de la conciencia es caer en la cuenta de la dimensión comunional de mi existencia y ello necesita de volverme al Otro, y el Otro por excelencia es Dios, que me capacita para per-

cibir al prójimo como quien realmente es, como un hermano con quien debo construir un bien que es común a ambos. La conversión y la llamada a la conversión, tanto individual como comunitaria, es el primer paso para que la Iglesia pueda vivir como comunidad reconciliada en Cristo y ser, al mismo tiempo, motor de reconciliación en una sociedad que precisa de reconciliación.

Razón y fe. Usted ha declarado que «es preciso recordar y reconocer a las víctimas y sus familiares, guardar su memoria y acompañarles con nuestro afecto, ofreciéndoles toda la ayuda necesaria». Sin duda, se trata de un asunto central y delicado, y en más de una ocasión algunas voces han criticado a la Iglesia por una supuesta «equidistancia». ¿Qué tiene que decir al respecto?

Mons. Iceta. La afirmación de una supuesta equidistancia me parece que es fruto de una percepción distorsionada de las cosas. La atención de la Iglesia es siempre personal. Dios nos conoce por nuestro nombre, y nuestra relación debe ser siempre personalizada. Y así se viene haciendo con las víctimas. La labor que con ellos viene realizando la Iglesia ha sido constante y se ha realizado precisamente a este nivel personal de visita, ayuda, disponibilidad, acompañamiento,

servicio. Y es el estilo de relación y servicio que, a mi parecer, es más eficaz, porque es el más directo y humano.

Razón y fe. La nuestra es una revista jesuita y desde hace tiempo la Compañía de Jesús ha definido su misión como estar en las fronteras tendiendo puentes de reconciliación. Por su parte, usted ha manifestado que debemos «derribar los muros que nos separan». ¿Cuál es, en su opinión, la aportación específica de la vida religiosa en este nuevo contexto?

Mons. Iceta. La vida religiosa es un don muy grande para nuestra Iglesia. Concretamente en Bizkaia su presencia es muy numerosa y su labor es impagable en tantos campos de acción. La vida religiosa es fruto de los carismas que Dios ha querido suscitar entre nosotros. En el campo de la educación, de la atención a enfermos, ancianos, personas desamparadas, en el mundo de la exclusión, las antiguas y nuevas pobrezas han constituido un verdadero bálsamo, luz y esperanza. Me parece que en el alivio de estas heridas personales y sociales, en la tarea de tender puentes, de allanar los caminos para encontrarnos los unos con los otros, de acompañar en la tarea de la reconciliación, la vida religiosa está particularmente dotada de los dones necesarios

para ser sembradores de esperanza y comunión.

Razón y fe. Hablemos por un momento de religión, violencia, secularización y evangelización. Sobre estas cuestiones se han dicho muchas cosas: que si ETA nació en las sacristías, que si la *izquierda abertzale* es una «religión de sustitución», que si la secularización de la sociedad vasca avanza a pasos agigantados... ¿Qué «muscultura moral» encuentra usted en la sociedad vasca para afrontar la nueva realidad? ¿Qué capacidades, qué dificultades, qué carencias, qué posibilidades?

Mons. Iceta. Hace poco me pidieron un prólogo para un libro acerca de las minorías creativas. Es una realidad muy interesante que ha sido constante en la historia de la humanidad y responsable, sin duda, de sus progresos y cambios esenciales. El Evangelio nos habla siempre de realidades pequeñas pero con una extraordinaria vitalidad, capaces de producir los impulsos vitales que necesita la sociedad: así se nos habla de la semilla de mostaza, del grano de trigo, de la levadura que fermenta toda la masa. Pienso que en nuestra sociedad existen estas minorías creativas, de diverso perfil, pero que quieren responsablemente contribuir de modo activo a la construc-

ción de una verdadera cultura de la paz que rechace toda acción violenta y promueva la convivencia pacífica, la búsqueda del bien común, por encima de las diferencias teniendo en cuenta la pluralidad de nuestra sociedad. También, en este sentido, la Iglesia contiene en su realidad estos fermentos de una humanidad renovada, mostrando la razón última de ser de su misión, que es el encuentro de todos y cada uno con Dios. En Él se encuentran las claves últimas de la vocación humana, de los fundamentos irrenunciables para la construcción de una sociedad justa y verdadera, de la capacidad de iniciar el camino del perdón y la reconciliación, condiciones necesarias para una paz profunda y auténtica. Y esta dimensión trascendente es específica de la misión de la Iglesia y, para nosotros los cristianos, es el motor y el horizonte último a partir del cual hacer nuestra aportación específica en la construcción de una sociedad en paz y reconciliada.

Razón y fe. Una palabra final sobre la convivencia cotidiana, que sin duda ha quedado muy afectada por la violencia durante décadas. Por ejemplo, una de las más atinadas campañas de *Gesto por*

la paz durante los últimos años ha estado focalizada en la llamada «violencia de persecución». ¿Cómo percibe la situación en el ámbito cotidiano, qué posibilidades percibe, qué dificultades atisba para una convivencia normalizada?

Mons. Iceta. Desgraciadamente, la violencia se ha mostrado de formas tan diferentes y, muchas veces, tan sibilinas pero igualmente demoleadoras. No sólo los atentados terroristas, sino también la extorsión, la amenaza, el vacío social, las manifestaciones de odio, el desamparo, la indiferencia, la falta de solidaridad, de consuelo y compasión... Por eso, el camino de la sanación personal y social es profundo y de largo recorrido. Pero debemos afrontarlo con paciencia y esperanza. Como dije anteriormente, la sociedad ha evolucionado muy positivamente hacia posiciones de rechazo de toda violencia. Ahora nos toca proseguir el camino en la reparación de las injusticias y el crecimiento de esa solidaridad, consuelo, compasión, compañía, calor humano y respeto. Es la tarea a la que estamos convocados. Tarea ciertamente no exenta de dificultades, pero al mismo tiempo gozosa y esperanzadora. ■